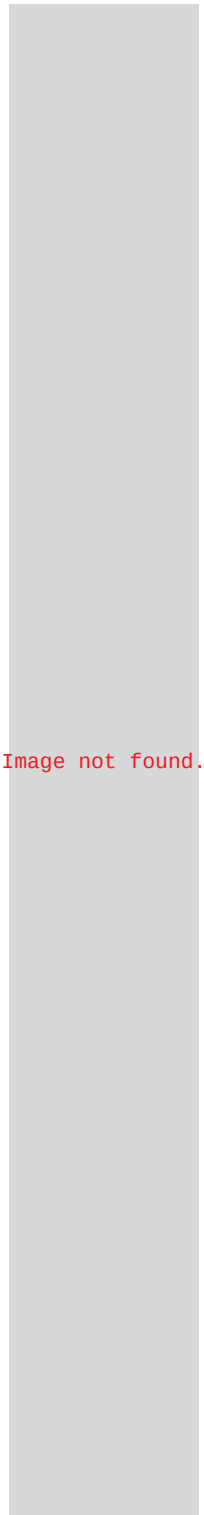
Sobre bailar

Catalina Arcila Hernández



Capítulo 1

Sobre bailar

La música lo es todo, el ritmo y la melodía cambiante producen miles de momentos alegres, tristes, melancólicos, dramáticos, profundos e intensos, este es uno de esos momentos, sin embargo, el mejor es cuando la música se conecta al cuerpo, lo intoxica hasta dejarlo completamente desinhibido por el ritmo.

Primero entramos al medio, al lugar donde las luces de colores están por todas partes y el humo de la neblina te ciega, allí donde suena la música, a niveles exorbitantes, donde los oídos sólo escuchan el bit que retumba constantemente, que entra hasta instalarse en tu cabeza recorriendo cada nervio auditivo, despertando con cada roce de las ondas una vibración más, un impulso más, así comienza el sutil movimiento, de lado a lado, de la cabeza. Es inevitable no moverse a ese ritmo que llama y pide a gritos el cuerpo.

Se desliza suavemente de la cabeza hacia los pies rozando cada célula, cada partícula de los músculos provocándolos a comenzar ese hipnótico vaivén de caderas, un vaivén que rige el cuerpo, que lo controla y que finalmente da comienzo al baile, desplegándose poco a poco por todo el cuerpo, perdiendo completamente el control. El movimiento se hace innato, porque la música sigue sonando y entrando por tus oídos en toneladas de adrenalina que se mezcla con tu sangre y te es imposible parar.

Los sentidos se agudizan, la luz intermitente se mezcla con la oscuridad sincronizándose con el ritmo de la música hasta hacerte sentir que eres parte de ella, moviéndote ahora sin un cuerpo físico, porque ya eres la música, paras cuando ella para, corres cuando ella corre, saltas cuando ella salta, te mueves lento, despacio, pausado cuando su ritmo te lo pide.

Al abrir los ojos te das cuenta que no estás sólo, que hay otros cuerpos, cuerpos que entraron a esta nueva dimensión y se mueven con sus ritmos, sus propios ritmos que han creado para sentir la música, para hacerla de ellos, impregnándole un nuevo sabor y disfrutan de lo que hacen.

Nuevamente sientes que la música inunda tus oídos y caes a un gran océano, es inmenso y es para ti, único y exclusivo, puedes explorar cada rincón, cada parte porque ese es tu ambiente, tus manos flotan, suben siguiendo la línea de tu cuerpo haciendo estragos tu pelo, sintiendo que se mueven como una suave hoja con el viento, al igual que tus pies nadan sin dificultad, porque el agua no es un impedimento para moverte, porque

ella se mueve contigo al igual que tú lo haces con la música.

Sin embargo, no quieres que sea sólo tuyo, te aventuras a encontrar a otro, a un llamado de otro cuerpo, a un opuesto, porque todos somos opuestos; que sienta la música igual o más intenso que tú. Primero uno, luego otro y otro… pero sólo hay uno que lo logra, porque sus cuerpos se juntan y encajan perfectamente, sus caderas se mueven con la misma intensidad en un roce inocente que les permite sentir la vibración de cada uno, sus manos chocan y entrelazan, se encuentran en un intento por sentir más. El ritmo se acelera, sube tornándose de color rojo, porque hace falta más aire entre los dos, porque sus respiraciones son profundas y sus cuerpos arden. Y luego, la música, la misma melodía los lleva al encuentro de un paso lento y lo sienten, sienten la conexión de la suave sincronización de sus caderas que los sumerge en un deleitante océano de música que los lleva al encuentro más excitante de sus vidas.